

CERVANTES Y AVELLANEDA: HISTORIA DE UNA ENEMISTAD (PRIMERA PARTE)¹

FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ

Universidad de Castilla-La Mancha

RESUMEN:

Se analizan las posibles razones por las que Cervantes dilató la publicación de la *Segunda parte del Quijote*, las circunstancias en que se gestó y editó el *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda (las dos impresiones de Tarragona, 1614), las reacciones de críticos y lectores ante esta obra, el influjo sobre el *Quijote* de 1615 y las razones por las que el continuador pudo cambiar la actitud admirativa presente en el relato por la insultante que se puede percibir en el prólogo.

PALABRAS CLAVE:

Miguel de Cervantes (1547-1616). Alonso Fernández de Avellaneda. Los *Quijotes* (1605, 1614, 1615). El nacimiento de la novela moderna. *Novelas ejemplares*.

ABSTRACT:

This article analyzes the possible reasons why Cervantes postponed the publishing of the *Second Part of Don Quixote*, the circumstances in which Alonso Fernández de Avellaneda's *Quixote* was conceived and published (both print runs in Tarragona, 1614); the critics and readers' reactions to this work; its influence on 1615 *Don Quixote*, and the reasons why Avellaneda may have changed his admiring attitude towards Cervantes in the novel for the insulting tone of the prologue.

KEYWORDS:

Miguel de Cervantes (1547-1616). Alonso Fernández de Avellaneda. *Don Quixotes* (1605, 1614, 1615). The Birth Of The Modern Novel. *The Exemplary Novels*.

Lectores ávidos y desocupados

El *Quijote* fue un enorme éxito editorial, pero no el único ni siquiera el mayor de aquellos tiempos. Unos años antes, en 1599, había aparecido la obra que reveló a Cervantes que había público para este tipo de relatos extensos e inspirados en la realidad contemporánea. La novela que descubrió esta pasión lectora de una parte importante de la sociedad española y europea de su época fue *Guzmán de Alfarache*

¹ Este trabajo es fruto de la investigación que viene desarrollando el Instituto Almagro de teatro clásico. Se incluye dentro de los proyectos FFI2011-25673 (I+D) y CSD2009-00033 (Consolider), aprobados por la secretaría de estado de Ciencia e Innovación.

de Mateo Alemán². Y un año antes, en 1598, otro colega y muy pronto enemigo de Cervantes, Lope de Vega, había sacado a la luz un extenso relato, con muchos versos intercalados, titulado *Arcadia*, del que se conocen 18 ediciones del siglo XVII.³ ¡Todo esto en una sociedad en la que aproximadamente el 90% de la población no sabía leer!⁴

Estos ejemplos demostraron a Cervantes que, a pesar del analfabetismo imperante, había un público deseoso de dedicar tiempo, mucho tiempo, a una actividad tan rara y antinatural como la de engolfarse en la lectura de largas historias. Hay indicios que nos llevan a pensar que al propio Cervantes, que confiesa ser «aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles», le sorprendió esta pasión masiva.

Es generalmente admitido que, al empezar la redacción del *Quijote*, su autor no pretendía escribir una novela en el sentido moderno (es decir, larga), sino una *nove-*

² La favorable acogida del *Quijote* de 1605 fue analizada por Jaime Moll, «El éxito inicial del *Quijote*», en *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Arco Libros, 1994, págs. 21-27. Hoy disponemos de numerosos estudios sobre las relaciones entre Alemán y Cervantes en el contexto del nacimiento de la novela moderna. Es de enorme interés para esta cuestión el núm. 101 (2007) de *Criticón* dedicado monográficamente a *Mateo Alemán y Miguel de Cervantes*. Hanno Ehrlicher («Alemán, Cervantes y los continuadores. Conflictos de autoría y deseo mimético en la época de la imprenta», *Criticón*, núm. 101, 2007, págs. 151-175) comentó el papel de «mediador» que tuvo Alemán respecto a Cervantes (pág. 158). Véase también el análisis de José María Micó, «Mateo Alemán y el *Guzmán de Alfarache*: la novela a pie de imprenta», en AA. VV., *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2000, págs. 151-169. Este trascendental influjo no invalida las profundas diferencias en la concepción de la vida y de la literatura que existen entre Alemán y Cervantes, analizadas, entre otros, por Antonio Rey Hazas, «El *Guzmán de Alfarache* y las innovaciones de Cervantes», en Pedro Piñero (ed.), *Atalayas del «Guzmán de Alfarache»*, Universidad de Sevilla, 2002, págs. 177-217; o Mercedes Blanco, «El *Quijote* y el *Guzmán*: dos políticas para la ficción», *Criticón*, núm. 101, 2007, págs. 127-149.

³ En torno a las rivalidades entre los dos genios y la relación del nacimiento de la novela moderna con el fracaso de Cervantes como dramaturgo, traté en mi estudio «El *Quijote* en la controversia literaria del Barroco», en *Cervantes y Lope de Vega: historia de una enemistad, y otros estudios cervantinos*, Barcelona, Octaedro, 2006, págs. 87-90.

⁴ A pesar de estos porcentajes que no pueden dejar de impresionar, los historiadores de la imprenta y la lectura han podido señalar el incremento de los potenciales lectores entre las últimas décadas del siglo XVI y la primera mitad del XVII (vid. Roger Chartier, «Las prácticas de lo escrito», en *Historia de la vida privada. 3. Del Renacimiento a la Ilustración*, dirigido por Philippe Ariès y George Duby, Madrid, Taurus, 2000, págs. 115-158). Más allá del número de alfabetos, se puede constatar el crecimiento del negocio editorial, que se beneficia de los públicos populares e iletrados: «en la Castilla del Siglo de Oro, esos “ignorantes” constituían un dilatado mercado» para la comedia y para los pliegos sueltos (Roger Chartier, «Lectura y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dirigida por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid, Taurus, 1997, págs. 413-434; la cita, en pág. 430).

lla al estilo italiano, es decir, una novela corta, más accesible a todo tipo de lectores.⁵ En esa tarea de refundación del género bocachesco estaba empeñado en las fechas (los últimos años del siglo XVI) en que, presumiblemente, se concibió el *Quijote* y se compusieron sus primeros capítulos. Eso parecen revelarnos las versiones primitivas de *Rinconete y Cortadillo* y de *El celoso extremeño* que nos han llegado a través del código Porras y de la edición que Isidoro Bosarte publicó en el *Gabinete de lectura* (1788).⁶

A diferencia de lo que es común entre los narradores cuidadosos y mirados, que liman en sucesivas correcciones las huellas de sus dudas creativas, Cervantes prefiere dejar a los ojos del lector los zurcidos de que inevitablemente se compone cualquier obra extensa. Eso es lo que encontramos en la transición entre los capítulos 8 y 9 del relato publicado en 1605, o, lo que es lo mismo, en el paso de lo que entonces constituía el final de la *Primera parte* y el comienzo de la *Segunda*.

Es posible, y aun probable, que ese momento de duda viniera provocado por dos acontecimientos capitales para la historia del *Quijote*: uno interno: la invención de Sancho, y otro externo: el éxito de la *Primera parte* de *Guzmán de Alfarache*. La conjunción de ambos animó a Cervantes a ensanchar la idea primitiva y construir un extenso relato de unas 600 páginas que, además, anunciaba una segunda parte. Se embarcó y culminó la tarea, pero no dejaba de sorprenderse de que hubiera tanta gente en condiciones de comprar y leer este tipo de obras. Por eso el prólogo del *Quijote* de 1605 está significativamente dirigido al

Desocupado lector

Estas son en realidad las primeras palabras cervantinas que se encuentran en el volumen. Y son muy significativas.⁷ Creo que nuestro interés debe centrarse más en el «desocupado lector» que tenía *in mente* Cervantes, que en «el lugar de la Mancha» de cuyo nombre no quiso acordarse. Pesa mucho más en la novela el destinatario que la precisa ubicación de la patria de don Quijote⁸. La obra empieza, con la invocación

⁵ La bibliografía sobre este punto es abundante. Bastara remitir a los estudios clásicos de Ramón Menéndez Pidal, «Un aspecto de la elaboración del *Quijote*» (1920), incluido en *De Cervantes y Lope de Vega*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, 7ª ed., págs. 9-60, o de Geoffrey L. Stagg, «El plan primitivo del *Quijote*», en Frank Pierce y Cyril A. Jones (eds.), *Actas del I congreso internacional de Hispanistas*, Oxford, The Dolphin Books, págs. 463-471.

⁶ De esta edición preparé hace años un facsímil: Aranjuez, Ara Iovis, 1984.

⁷ En abril de 1988, en el lejano São Paulo (Brasil), oí una conferencia del profesor Mario González sobre este vocativo; pero ignoro si se ha publicado.

⁸ Sin embargo, como es bien sabido, la ubicación del «lugar de la Mancha» ha provocado una desmedida y, en mi concepto, desorientada pasión investigadora. Dejando a un lado las interpretaciones

de un receptor que disponía de tiempo y tenía manifiesto interés en las aventuras nada exóticas y un tanto grotescas de un personaje «seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios» (I, prólogo, pág. 67)⁹. Se remata con los versos paródicos de los «académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha» y con la promesa, trufada de ironía, de continuar el relato:

se animará a sacar y buscar otras [historias], si no tan verdaderas, a lo menos de tanta invención y pasatiempo (I, cap. 52, pág. 513).

El ofrecimiento se reitera en las palabras finales que tuvieron mucho de premonitorias:

tiene intención de sacallos a luz [los versos carcomidos de los académicos de Argamasilla], con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forse altro cantarà con miglior plectro (I, cap. 52, pág. 517):

esotéricas que sitúan la acción de la novela en tierras alejadas de la Mancha (Leandro Rodríguez, *Cervantes en Sanabria. Ruta de Don Quijote de la Mancha*, Diputación de Zamora, 1999; César Brandáriz, *Cervantes decodificado*, Madrid, Martínez Roca, 2005; *El hombre que «hablaba difícil»*, Madrid, Ézaro, 2011...), en los últimos tiempos Francisco Parra Luna, con un amplio equipo multidisciplinar, ha dedicado sus esfuerzos a fijar las coordenadas geográficas de la patria de don Quijote. Véase el libro colectivo *El lugar de la Mancha es... El «Quijote» como un sistema de distancias/tiempos*, Madrid, Editorial Complutense, 2005. Tras un largo debate con el promotor del volumen, escribí un artículo sobre estas, a mi parecer, confusiones metodológicas: «El *Quijote*, el realismo y la realidad», publicado inicialmente en la revista *Príncipe de Viana*, LXVI, 2005, págs. 695-712, e incorporado a *Cervantes y Lope de Vega: historia de una enemistad*, págs. 131-162. Por cierto, si atendiéramos a Avellaneda, nos ahorraríamos todas estas lucubraciones: el autor del *Quijote* de 1614 sí se acordaba del nombre del lugar y le parecía tan importante este detalle que lo puso en la portada de su libro, dedicado «al alcalde, regidores y hidalgos de la noble villa de Argamesilla, patria feliz del hidalgo caballero don Quijote de la Mancha». Sin duda, esta afirmación responde a lo que interpretaron mayoritariamente los primeros lectores de la novela de 1605.

⁹ Citaré siempre el texto del *Quijote* por la última edición que hemos preparado Milagros Rodríguez Cáceres y yo (Madrid, EDAF, 2011), en la que hemos procurado seguir con fidelidad los testimonios primitivos, evitando reproducir de una manera servil lecturas imposibles, pero sin permitirnos correcciones y enmiendas que regularicen un texto que, por su propia naturaleza, es irregular. Aunque nos dirigimos al público general, no hemos renunciado a señalar en sus notas al pie los *loci critici*, los pasajes difíciles y discutidos, de modo que el lector disponga del texto que presentan las primeras ediciones y pueda considerar el sentido de nuestras enmiendas.

La promesa incumplida

Muchos estaban deseosos de que apareciera la prometida *Segunda parte* y tercera salida de *Don Quijote*, contada o cantada *con miglior plectro* o con el mismo que había redactado las dos primeras; pero pasó un día y otro día, un mes y otro mes pasó, y siete, ocho, nueve años después la promesa seguía incumplida.

¿Por qué Cervantes no se lanzó a escribir de inmediato la *Segunda parte*, sobre todo si tenemos en cuenta que sufría verdaderas estrecheces y vivía entre dificultades económicas? No lo sabemos, pero se me ocurren dos posibles razones (más tarde, apuntaré una tercera).

La primera. El éxito del *Quijote* le había supuesto un beneficio económico limitado, entre mil y mil quinientos reales, ya que había vendido el privilegio al librero Francisco de Robles y, además, la mayor parte de las ediciones se hicieron fuera del reino de Castilla sin reportarle un real.

La segunda. Creo que Cervantes, ante el éxito, en cierta forma inesperado, sintió vértigo: temió decepcionar a los entusiastas lectores de la *Primera parte* y no revalidar su crédito. Sabía que en los apasionados de cualquier arte late casi siempre un fondo de escepticismo —quizá de envidia— ante cualquier autor que sorprenda y maraville. Quieren —queremos— que demuestren que la flauta no sonó por casualidad.

Sea por la razón que fuere, Cervantes iba dilatando la entrega de la *Segunda parte*.

La redacción y primeras ediciones del *Quijote* de Avellaneda

Cuando ya habían pasado cinco años sin que se tuviera noticia de ella, un individuo culto, muy culto —no era un «ingenio lego», como se dijo de Cervantes—, pero admirador de la literatura popular que encarnaban tanto el *Quijote* como las comedias de Lope de Vega, decidió cumplir la promesa, al parecer olvidada por el primer autor. Así debió de nacer el *Quijote* firmado por Alonso Fernández de Avellaneda.

No sabemos la fecha en que se compuso (solo podemos precisar que hubo de ser antes de la primavera de 1614 y presumiblemente, antes del verano de 1613, fecha de la aparición de las *Novelas ejemplares*, por las razones que más tarde señalaré). Sin embargo, en los primeros párrafos alude a un hecho histórico y social de extraordinaria trascendencia:

El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expedidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha, para ir a unas justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza (Cap. 1, pág. 13).¹⁰

Las órdenes de expulsión de los moriscos de Aragón las hizo públicas el gobierno del duque de Lerma el 10 de mayo de 1610. Posiblemente, esa es la fecha aproximada en que se inició la redacción.¹¹

Si aceptamos esa fecha, todo encaja razonablemente bien. En tres años el tal Avellaneda compondría su novela y se dispondría a publicarla, cosa que hizo en Tarragona, en la imprenta de Felipe Roberto, durante el verano de 1614.

La especie de que el *Quijote* de Avellaneda no se imprimió en los talleres de Felipe Roberto en Tarragona no parece tener más base que las palabras, irritadas aunque irónicas, de Cervantes en el prólogo del *Quijote* de 1615:

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*; digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona (II, Prólogo, pág. 527).

Vindel, en un ejercicio de hipercrítica, tan frecuente en los estudios relativos a cuestiones cervantinas, señaló en el título de un artículo publicado en *El debate* (3 de mayo de 1936) que «El *Quijote* de Avellaneda fue impreso en Barcelona por Sebastián de Cormellas».¹² Sin negar «las entradas y salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos a otros», que denunció Cervantes (*Quijote*, II, cap. 62, pág. 946), no parece que exista razón objetiva que aconsejara mentir en el pie de

¹⁰ El *Segundo tomo de «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha»* de Alonso Fernández de Avellaneda lo citaré por la edición que preparamos Milagros Rodríguez Cáceres y yo, Ciudad Real, Diputación de Ciudad Real, 2014. Señalaré capítulo y página.

¹¹ En este punto parece que coincidimos la mayor parte de los que en los últimos tiempos nos hemos ocupado del *Quijote* de Avellaneda. Véanse el prólogo de Javier Blasco a su edición (Biblioteca Castro, Madrid, 2007, pág. xxvi), el artículo de Enrique Suárez Figaredo («¿Cuándo se escribió el *Quijote* de Avellaneda?», *Lemir*, núm. 13, 2009, págs. 9-32), la «Introducción» de Luis Gómez Canseco a su reciente edición (Madrid, Real Academia Española, 2014, págs. 79-80) y el estudio preliminar de la ya citada edición que preparamos Milagros Rodríguez Cáceres y yo (págs. xxxiii-xxxviii).

¹² Las ideas del artículo periodístico pasaron a los libros de don Francisco Vindel, especialmente a *La verdad sobre el falso Quijote*, Barcelona, Antigua Librería Babra, 1937; y *Escudos y marcas de librerías en España durante los siglos XV al XIX (1485-1850)*, Barcelona, Orbis, 1942.

imprenta. Todos los elementos tipográficos de la edición tarraconense son perfectamente congruentes con las prácticas editoriales de los Mey, a los que estaba estrechamente vinculado Felipe Roberto. De hecho, el diseño y la apariencia de las dos ediciones conocidas del *Quijote* de Avellaneda (ambas con el mismo pie de imprenta de Tarragona, 1614¹³) tienen el claro propósito de formar serie con las dos tiradas del *Quijote* cervantino que Pedro Patricio Mey había imprimido con fecha de 1605: formato, disposición de los tipos, grabado en la portada (un caballero lanza en ristre)... son idénticos o muy parecidos. Las dos estampas de la obra de Avellaneda proceden, según todos los indicios (lettería, papel, disposición del texto), de la misma oficina.

En su reciente y valiosísima edición, Luis Gómez Canseco sugiere que el autor estaba «más preocupado de que saliera el libro, que de cómo o dónde saliera», buscó «un impresor fuera de Castilla», se dirigió a Cormellas y este, «para no meterse en camisa de once varas, [decidió] trasladar la tarea a un impresor secundario, como Felipe Roberto, con cuya casa, asentada en Tarragona, mantenía buenas relaciones comerciales».¹⁴ Es posible que así ocurriera, pero no veo la necesidad de dar esa vuelta por Barcelona, cuyo único fin — a lo que se me alcanza — es justificar que Cervantes situara la impresión del *Quijote* de Avellaneda en la ciudad condal (II, cap. 62, pág. 947). Resulta más fácil suponer que lo que se presenta en el relato de 1615 es una noticia imprecisa, bien por falta de información: el propio Cervantes suponía

¹³ Véase el artículo de Enrique Suárez Figaredo, «La verdadera edición príncipe del *Quijote* de Avellaneda», *Lemir*, 11, 2007, págs. 79-102. En él se señaló, por primera vez, que el ejemplar de la BNE, CERV:SEDÓ/8669, pertenecía a una edición distinta y más correcta que el resto de los ejemplares hasta entonces examinados. El análisis que hemos desarrollado posteriormente los editores del texto (el propio Suárez Figaredo, Barcelona, Carena, 2008; Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 2011; Rodríguez Cáceres y Pedraza, Ciudad Real, 2014; y Gómez Canseco, Madrid, 2014) nos ha llevado a la conclusión de que se trata de un ejemplar de la primera edición. Los demás hasta entonces manejados (los otros tres de la BNE: R/32541, CERV./1590 y U/3352, el de la Biblioteca de Catalunya, que utilizó Riquer, el de la Hispanic Society, el de la Biblioteca Histórica del Ayuntamiento de Madrid y el de la Biblioteca Lázaro Galdiano) pertenecen a una segunda edición, más descuidada, compuesta a plana y renglón sobre la primera. Como el ejemplar CERV.SEDÓ/8669 está mutilado (le falta una veintena de folios) y presenta, además, otras roturas y deficiencias, siempre había sido dejado a un lado por los investigadores. A raíz de un coloquio que tuvo lugar con motivo de la reciente exposición que he preparado (*Alonso Fernández de Avellaneda en la BNE*, 21 de abril a 20 de setiembre de 2015), señalé a Suárez Figaredo la existencia de un ejemplar en la biblioteca del Castillo de Perelada, en Gerona, que había visto registrado en la *XXVIII tertulia dels Bibliòfils de Tarragona. Les edicions del «Quijot» d'Alonso Fernández de Avellaneda*, Tarragona, Bibliòfils de Tarragona, 8 de juny de 2012. El ejemplar de Perelada pertenece también a la que consideramos primera edición y, hoy por hoy, es el único completo que hemos podido localizar.

¹⁴ «Introducción» a su edición del *Segundo tomo del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 2014, págs. 85-86).

erróneamente que su novela se había publicado en Barcelona (I, cap. 3, pág. 479); bien por la libertad que tiene la ficción para separarse de la verdad documentada.

Lo que me parece más probable es que Avellaneda se dirigiera en primer término a Tarragona para ahorrarse los enojosos y dilatados trámites administrativos que eran precisos en el reino de Castilla, sobre todo después de conocer en el verano de 1613, a través del prólogo de las *Novelas ejemplares*, que Cervantes se disponía a publicar su *Segunda parte*.

Al frente de la catedral primada estaba don Juan de Moncada, hijo segundón del marqués de Aitona, un intelectual y político que había sido obispo de Barcelona entre 1610 y 1612, y que tuvo muchos rifirrafes con la oligarquía catalana. Todos los paratextos de la edición vienen a confirmar que el impreso se realizó efectivamente en Tarragona o que sus artífices eran unos expertos falsificadores que debían de intuir el interés que siglos más tarde adquiriría esta cuestión.

Una primera licencia, expedida por el doctor Rafael Ortoneda, se dio el 18 de abril de 1614. La autorización definitiva, firmada por el canónigo Francisco de Tor-me y de Liorí, lleva fecha de 4 de julio.¹⁵ Todos los personajes y circunstancias nos confirman el ámbito en que se produjo la impresión.¹⁶

Legitimidad y legalidad de la continuación

Lo que hizo Alonso Fernández de Avellaneda (continuar la obra que otro escritor había dejado inacabada) no es algo raro ni en su época ni en la nuestra. Él mismo recuerda otras situaciones parecidas:

nadie se espante de que salga de diferente autor esta *Segunda parte*, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos [Boiardo, Ariosto, Barahona de Soto, Lope, incluso Góngora y Quevedo, a su manera]? Las *Arcadias* [Sannazaro, Lope de Vega], diferentes las han escrito; la *Diana* [Jorge de Montamayor, Salvador Gil Polo...] no es toda de una mano...

¹⁵ Se sorprende Gómez Canseco («Introducción» a la ed. cit., 2014, pág. 82) del lapso de tiempo que medió entre la primera aprobación y la definitiva. Sin duda, en Tarragona los que imprimían libros sufrían menos cortapisas que en Castilla, pero las cosas de palacio llevaban también el ritmo sosegado que es común en los dominios de la burocracia.

¹⁶ De los aprobantes y de otras circunstancias relacionadas con el impreso tarraconí dieron noticia Antolín López Peláez («Aprobación verdadera del *Quijote* falso», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXVIII, 1916, págs. 557-563) y Juan Serra-Vilaró («El *Quijot* d'Avellaneda fou imprès a Tarragona», *La cruz. Diario católico*, Tarragona, 14 de junio de 1936; más tarde, se reimprimió en un folleto independiente).

En efecto, fue muy frecuente en la literatura del Siglo de Oro que diversos escritores continuaran o recrearan las obras que habían alcanzado éxito. Ocurrió con nuestros primeros clásicos: las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique conocieron numerosas versiones, glosas, ampliaciones; *La Celestina* tuvo una nutrida lista de continuadores y recreadores; lo mismo pasó con el *Lazarillo de Tormes*.

Ya en tiempos de Cervantes, se publicó una continuación (esta, sí, fraudulenta por varios costados) de *Guzmán de Alfarache* (1602) a nombre de Mateo Luján de Sayavedra (nombre utilizado por el plagiario Juan Martí, para que el público inadvertido lo confundiera con Mateo Alemán). En realidad este segundo *Guzmán* no era una obra original, sino un zurcido de distintos fragmentos de los volúmenes que estaban en los talleres de su impresor, Pedro Patricio Mey, en Valencia.¹⁷

No es el caso del *Quijote* de Avellaneda, una obra enteramente nueva, interesante y grata, que continúa la vida del hidalgo manchego en el mismo punto en que la dejó Cervantes: en el momento en que el protagonista ha regresado a su lugar en el carro de bueyes.

Según la legislación y los usos de 1614, el nuevo libro era perfectamente legítimo y podía publicarse en cualquiera de los reinos españoles. Ciertamente, su autor prefirió apartarse del entorno madrileño; pero no creo que «imprimirlo en la corte habría sido punto más que difícil, pues, por un lado, el propio Cervantes y, aún más, el librero Francisco de Robles habrían estado al quite para impedirlo».¹⁸ No se me alcanza qué razones legales hubieran podido esgrimir para conseguir que los jueces fallaran contra Avellaneda. Tengamos en cuenta que, solo un par de años más tarde, Lope de Vega pierde sucesivos pleitos (uno interpuesto por Alonso Riquelme, presumiblemente a instancias del dramaturgo, y otro en nombre propio) contra el mercader Francisco de Ávila, que publicó las *Partes V* (1616, con una sola comedia de Lope), *VI* (1616), *VII* (con fechas de 1616 y 1617, según los ejemplares) y la *VIII* (1617).¹⁹

¹⁷ Benito Brancaforte planteó la confrontación entre las dos continuaciones y las reacciones que provocaron: «Mateo Alemán y Miguel de Cervantes frente a los apócrifos», en Pedro Piñero (ed.), *Atalayas del «Guzmán de Alfarache»*, Universidad de Sevilla, 2002, págs. 219-240. Hanno Ehrlicher, «Alemán, Cervantes y los continuadores...», ya citado, analiza cómo se enfrentan los autores originales a sus imitadores; David Álvarez ha dedicado una tesis a la comparación de la obra de Avellaneda y la continuación del *Guzmán*: *Pratiques de l'apocryphe dans le roman espagnol au début du XVII^e siècle: approche comparée du «Guzmán» de Luján et du «Quijote» d'Avellaneda*, Université Michel de Montaigne Bordeaux III, 2010.

¹⁸ Luis Gómez Canseco, «Introducción» a la ed. cit., págs. 81-82.

¹⁹ Véase Ángel González Palencia, «Pleito entre Lope de Vega y un editor de sus comedias», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, III, 1921, págs. 17-26. Dos curiosidades: en la *Parte VIII* el editor incluyó un entremés de su cosecha que trataba de *Los invencibles hechos de don Quijote de la Mancha*; estos volúmenes patrocinados por Francisco de Ávila son los únicos, publicados en vida de Lope, en que aparece la aposición encomiástica *Fénix de España* (véase mi artículo «*Fénix*: génesis de un so-

Si un autor no podía impedir que se publicara su propia obra sin su consentimiento, ¿cómo se había de limitar la edición de una creación ajena, aunque tratara el mismo asunto y la protagonizaran los mismos personajes?

El odio secular a Avellaneda

A pesar de que lo realizado por Alonso Fernández de Avellaneda era perfectamente legítimo y literariamente de mucho interés, ni Cervantes ni la posteridad le han perdonado que continuara la historia de don Quijote.

Son muchos los lectores, ¡y los críticos!, que se enfrentan al *Quijote* de 1614 con una actitud beligerante, tomando decididamente partido. Luis Gómez Canseco, uno de los más rigurosos y objetivos estudiosos de nuestra novela, habló del odio que rezuman muchos de los comentarios.²⁰ Los que deberían ser juicios serenos, nacidos de una escrupulosa objetividad, están salpicados de dicerios, insultos, expresiones reticentes y pretendidamente humillantes contra ese nebuloso fantasma que se oculta y se revela a través del nombre de Alonso Fernández de Avellaneda.

Nicolás Antonio, en el siglo XVII, se limitó a señalar que le faltaba el genio cervantino (y es verdad)²¹; pero ya en el XVIII, Gregorio Mayans y Siscar, que dedica numerosos párrafos al caso Avellaneda,²² cargó con inusitada rabia contra este «envidioso de la gloria de Miguel de Cervantes Saavedra y codicioso de la ganancia de sus libros [que] se atrevió a escribir y publicar una continuación de aquella historia inimitable» (§ 62). Denostó cuanto cabe denostar en el relato:

su dotrina es pedantesca y su estilo lleno de impropiedades, solecismos y barbarismos, duro y desapacible y, en suma, digno del desprecio que ha tenido, pues se ha consumido en usos viles²³, y únicamente el haber llegado a ser raro pudo darle estimación, pues,

bre nombre», en Santiago Fernández Mosquera, ed., «*Diferentes*» y «*Escogidas*». *Homenaje al profesor Luis Iglesias Feijoo*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main, 2014, págs. 393-410.

²⁰ A esta materia, a vueltas con la segunda obsesión desatada por el libro de Avellaneda (la búsqueda de la identidad de su autor), ha dedicado documentadas páginas en sus dos ediciones de la obra: Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 29-59, y la de 2014, págs. 15-25.

²¹ *Bibliotheca Hispana nova*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1788, tomo I, pág. 23: «continuavit, sed absque genio illo que principem Michaelis Cervantes ad inventionem promovit et comitatus est...».

²² Véase su *Vida de Miguel de Cervantes, natural de Madrid*, ed. Antonio Mestre, Espasa-Calpe, 1972, que convierte la novela de Avellaneda y, en especial, su prólogo en elemento vertebrador de la parte central de su estudio. A ella dedica específicamente los § 63-69 y 73, 75, 77, 84-92 y 151.

²³ Recurre aquí Mayans al mismo recurso denigratorio que se usó en el soneto contra Cervantes: Y ese tu *Don Quijote* baladí

habiéndose reimpresso en Madrid después de ciento y diez y ocho años, esto es, en el de 1732, no hay hombre de buen gusto que haga aprecio de él (§ 65).

En fin, se trata de una obra «cuya leyenda es indigna de cualquier lector que se tenga por honesto» (§ 65).

Estos aires belicosos han recorrido la historia crítica. Varios estudios califican de *crimen, fraude y engaño* (aunque con distinto alcance e intención) esta creación literaria en su mismo título.²⁴ No falta quien ve en ella una imperdonable vileza, e imagina a su autor cruel e inmisericorde, despiadado, revanchista y pendenciero, dominado por el resentimiento y la envidia, reconcomiéndose, con diabólica complacencia, en el horrendo pecado que ha cometido... Prácticamente todos se baten en defensa de un Cervantes injusta y vilmente zaherido.

Ese odio a Avellaneda tiene mucho de quijotesco. Se vive tan intensamente la imaginada batalla intelectual de hace cuatro siglos, que nos vemos impelidos a intervenir para tratar de deshacer el entuerto cometido al dar a la luz una novela que se presentaba como continuación de la cervantina.

Avellaneda y la Segunda parte de 1615

Lo cierto es que Alonso Fernández de Avellaneda creó una obra sumamente interesante, que merece una lectura atenta y en simpatía, y un análisis sereno; y le hizo un extraordinario favor a Cervantes y a nosotros.

Posiblemente, gracias a él se acabó de escribir y se publicó la *Segunda parte* del *Quijote* cervantino. Además de las razones que antes apunté (la limitada rentabilidad económica y el miedo al fracaso), pudo haber otro motivo para que Cervantes fuera dejando de lado la continuación, a pesar de que Francisco de Robles, el librero-editor, estaría pinchándole. Sabemos que la obsesión de los últimos años de Cervantes

de culo en culo por el mundo va,
vendiendo especias y azafrán romí
y, en fin, en muladares parará.

(Jose María Asensio, «Desavenencias entre Miguel de Cervantes y Lope de Vega. Algunos datos nuevos para apreciarlas», en *Cervantes y sus obras*, Seix, Barcelona, 1902, págs. 267-291; la cita, en pág. 280).

²⁴ Véanse José Luis Madrigal, «El *Quijote* de Avellaneda, un crimen literario casi perfecto», *Voz y letra*, XIV, 2005, págs. 247-294; Javier Blasco, «Notas sobre un artista del fraude y del engaño: Avellaneda», *Edad de Oro*, XXV, 2006, págs. 117-127; o Isabel Almería, «Respondiendo al fraudulento Avellaneda», en Carmen Giussani (ed.), «*Que el discreto se admire de la invención*». *Notas para la lectura del «Quijote»*, Madrid, Encuentro, 2009, págs. 71-72.

fue la redacción lo que él creía que iba a ser su gran novela: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, un relato culto, complejo, difícil, exótico y peregrino, simbólico y trascendente... No es que renunciara a la gloria que le había dado *Don Quijote*, pero no se conformaba con eso.

Se había convertido, por antonomasia, en el escritor cómico e hilarante, al que algunos podrían considerar por ello intrascendente, sin reparar en el relieve antropológico de la risa. Carlos Romero lo apuntó sagazmente:

Al artista, ya viejo e incluso cansado de sentirse llamar «escritor festivo», «regocijo de las musas», etc., le había de resultar imprescindible un triunfo de «otro tipo»: un éxito incluso menos clamoroso pero, esta vez, con una obra *seria*.²⁵

De esta sensación nació posiblemente su último esfuerzo creador: culminar la redacción de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, novela de compleja estructura, continuadora de una reputada tradición clásica, que exige al lector una dedicación más sesuda y una formación cultural más vasta.

Aunque resulta imposible conocer el plan de trabajo de Cervantes, es razonable pensar que cuando llegó a sus manos el *Quijote* de Avellaneda, posiblemente en el otoño de 1614, había redactado cincuenta y tantos capítulos de su *Segunda parte* (pongamos que había llegado al fol. 224 del impreso). Ahí empieza el cap. 59, donde don Quijote y Sancho, que están en una posada, oyen la conversación de don Juan y don Jerónimo sobre la conveniencia de seguir con la lectura de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*:

—¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

—Con todo eso —dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en este más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

—Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad... (II, cap. 59, pág. 918).

²⁵ Carlos Romero Muñoz, «Introducción» a su edición de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid, Cátedra, 1997, págs. 15-93; la cita, en pág. 30. Véase también mi artículo «El *Quijote* en la controversia literaria del Barroco», en *Cervantes y Lope de Vega: historia de una enemistad, y otros estudios cervantinos*, págs. 79-129.

Si Cervantes hubiera escrito la *Segunda parte* de manera lineal, sin adelantarse ni retroceder respecto a la acción narrada, nos encontraríamos con que desde 1605 a 1614 había escrito 58 caps. y 224 fols. del impreso (448 págs.). La media: 6,44 capítulos, 24,8 fols. (unas 50 págs.) por año.

Un año después, en el otoño de 1615, publicó un libro de 74 capítulos y 280 fols. Es decir, en unos meses tuvo que escribir 15 capítulos y el texto de 56 fols. (112 págs.) del impreso. Además, intuimos que volvió sobre sus pasos para rehacer episodios anteriores (por ejemplo, el del retablo de maese Pedro). El ritmo de escritura tuvo que ser particularmente vivo entre el otoño de 1614 y los primeros meses de 1615, en que el libro se presentó (no sabemos en qué estado) para las preceptivas censuras. La irritación que le produjo la obra de Avellaneda fue para él un acicate, sin el cual quizá hoy no tendríamos el *Quijote* de 1615. En todo caso, se trataría una obra distinta en muchos de sus aspectos capitales. A lo largo de la historia literaria, la indignación ha sido una musa fértil y, en muchas ocasiones, felicísima.

La cólera de Avellaneda y el prólogo de las *Ejemplares*

La crítica acostumbra a ver a Avellaneda como un declarado enemigo de Cervantes, al que ofende e insulta. Hay que matizar —ya se ha matizado— esta cuestión. En el cuerpo de la novela no existe nada que nos haga suponer enemistad o inquina hacia él. El único texto alegado por la crítica más suspicaz es un chistecillo del cap. 4 en que se relaciona el apellido del genial escritor con los cuernos (*ciervo* > *Cervantes*) y con la vejez (por referencia a las ruinas del castillo de San Servando o Cervantes, a las afueras de Toledo):

aquel *Cu* es un plumaje de dos relevadas plumas, que suelen ponerse algunos sobre la cabeza, a veces de oro, a veces de plata y a veces de la madera que hace diáfano encerrado a las linternas, llegando unos con dichas plumas hasta el signo [de] Aries, otros al de Capricornio, y otros se fortifican en el castillo de San Cervantes (Cap. 4, págs. 47-48).

Pero estas ocurrencias eran de dominio público y se repiten muchas otras veces en el Siglo de Oro (por ejemplo, en Góngora²⁶), sin que tengamos que suponer referencias directas a la irregular vida familiar del novelista.

Donde sí se encuentran expresiones irrespetuosas y ofensivas, además de una cerrada defensa de Lope, al que Cervantes había atacado con saña en el *Quijote* de

²⁶ Góngora dedica el romance «Castillo de San Cervantes...» (compuesto en 1591) a comentar jocosa-mente la vejez de la fortaleza que se encuentra a la entrada de Toledo (*Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé Giménez, Madrid, Aguilar, 1972, 6ª ed., 1ª reimpresión, núm. 34). No falta el chistecillo:

1605, es en el prólogo. El tono, mucho más directo, personal y ácido, difiere del que encontramos en el resto del volumen, lo que ha llevado a algunos estudiosos a pensar que su redacción se debe a una mano distinta. Nicolás Marín desarrolló esta hipótesis con el rigor, la finura y el escepticismo que pide el método científico, y propuso la posibilidad de que el prólogo lo hubiera escrito otro autor, incluso el mismo Lope de Vega.²⁷

En nuestra reciente edición, Milagros Rodríguez Cáceres y yo hemos apuntado una hipótesis que creemos novedosa:

Quien lo escribe (entiéndase: quien pudo haberlo escrito) es «otro Avellaneda», un Avellaneda que ha pasado de la admiración por Cervantes (de ahí que emprendiera la ardua tarea de continuar su obra) a la irritación y, como consecuencia de ella, a una más cerrada y clamorosa defensa del dramaturgo satirizado en el *Quijote* de 1605.²⁸

Rosa Navarro subrayó en 2005 cómo Avellaneda leyó con extrema atención el prólogo de las *Novelas ejemplares*,²⁹ presumiblemente poco después de aparecer en Madrid, en agosto de 1613, lo que no deja de ser un indicio más de su entusiasmo por la producción cervantina. Para esas fechas debía de tener acabada o a punto de acabar su novela. Estoy convencido de que recibió con interés y complacencia el irónico comentario sobre las reacciones que provocó el prólogo del *Quijote* de 1605 y el donoso autorretrato que traza Cervantes. No le parecería mal el recuerdo de los tiempos heroicos de Lepanto ni se molestó porque se jactara de ser «el primero que he novelado en lengua castellana». La sorpresa, desagradable para el que había puesto tanto empeño en continuar las aventuras del hidalgo manchego, estaba en el penúltimo párrafo:

viendo

debajo de los membrillos
 engerirse tantos miembros,
 lo callas a los maridos,
 que es mucho, a fe, por aquello
 que tienes tú de Cervantes,
 y que ellos tienen de ciervos.

²⁷ Nicolás Marín, «La piedra y la mano en el prólogo del *Quijote* apócrifo», en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, Universidad de Granada, 1994, 2ª ed. corregida, págs. 279-313. El trabajo se imprimió por primera vez en el *Homenaje a Guillermo Guastavino. Miscelánea de estudios*, Madrid, ANABA, 1975, págs. 253-288.

²⁸ «Introducción», págs. xxxv-xxxvii.

²⁹ Rosa Navarro Durán, «Datos sobre Avellaneda en el texto del *Quijote*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV, 2005, págs. 505-527. Para el tema que voy a desarrollar interesa particularmente el cap. 6, págs. 518-523.

y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza.³⁰

Este anuncio arruinaba todos los esfuerzos realizados y todas las esperanzas puestas a lo largo de los tres años que debió de durar la redacción de la novela. Inmediatamente, las mismas palabras que había leído complacido (el autorretrato de Cervantes, los recuerdos heroicos de juventud, los comentarios sobre la creación del nuevo modelo de *novella*) cambiaron su valor y sentido.

El prólogo del *Quijote* de Avellaneda debió de escribirse inmediatamente después de haber leído el de las *Ejemplares*. Como ha mostrado Rosa Navarro, se estructura como una réplica, en caliente, a los puntos que el propio Cervantes había desarrollado en sus palabras al lector:

1. Las reacciones que provocó el prólogo de 1605: «no me fue tan bien [...] que quedase con gana de segundar con este».
2. Su manquedad: «Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parezca fea, él la tiene por hermosa».
3. Su vejez: «que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano».
4. Su labor literaria: «ejercicios honestos y agradables [que] antes aprovechan que dañan».

A todo ello replica, echándolo a mala parte, el enrabiado Avellaneda:

1. Prólogo: «menos cacareado y agresor de sus letores que el que a su *Primera parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra».
2. Manquedad: «digo *mano*, pues confiesa de sí que tiene sola una; y hablando tanto de todos, hemos de decir de él que, como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos».
3. Vejez: «Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes».
4. Labor literaria: «sus *Novelas*, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas»; «comedias en prosa, que eso son las más de sus novelas».

En medio, naturalmente, dedica varios párrafos a defender la legitimidad de su actuación, al continuar la historia de don Quijote «con la autoridad que él la comenzó y con la copia de fieles relaciones», y a defender con entusiasmo al autor más directa

³⁰ *Novelas ejemplares*, «Prólogo al lector», en *Obra completa*, ed. Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993-1995, 3 tomos. La cita, en el tomo III, pág. 432.

y claramente atacado en el *Quijote* de 1605: a Lope de Vega, «quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias».

No parece que la cólera del prólogo incitara a Avellaneda a rehacer su novela y a trufarla de alusiones o referencias satíricas a Cervantes. Le bastaron las páginas preliminares para el desahogo.

Un caso paralelo: Delitala y Quevedo

No es el único caso en que se da este fenómeno. Hace unos años, una profesora española en Cerdeña, Marina Romero-Frías, comentó una polémica similar a raíz de la publicación de una parte de las poesías de Quevedo.³¹

Sintetizo la historia. Quevedo se pasó casi toda su vida prometiendo la publicación de sus versos; pero en 1645 murió sin haberlos dado a la luz. De la edición póstuma se encargó su amigo José Antonio González de Salas, que imprimió un grueso volumen (unos 600 fols.: 1200 págs.) en 1648: *Parnaso español*, dividido en seis secciones, bajo la advocación de seis musas. Faltaba aproximadamente un tercio, tres musas, por publicar; pero González de Salas murió en 1651 sin sacarlo a la luz. Quedó, pues, la promesa incumplida de una segunda parte. Pasó un día y otro día, un mes y otro mes pasó..., y no aparecían las tres musas esperadas.

Un olvidado poeta sardo, José Delitala y Castelví, que ocupó cargos políticos de importancia (llegó a ser virrey de Cerdeña en 1685), se decidió a preparar un volumen, con versos propios que aspiraban a completar el inconcluso *Parnaso español* de 1648 con el título de *Cima del monte Parnaso español, con las tres musas castellanas, Calíope, Urania y Euterpe*, y empezó a preparar su edición.³² Cuando estaban imprimiendo el libro, llegó a Cállor (Cagliari) un volumen titulado *Las tres últimas musas castellanas* (Madrid, 1670) preparado por el sobrino de Francisco de Quevedo, Pedro de Alderete.³³

El círculo de poetas sardos, tan admiradores de Quevedo que estaban alentando la «continuación» de su obra en el libro de Delitala, montaron en cólera contra el sobrino que venía a dejar sin sentido su proyecto. Jaime Salicio (supongo que se trata

³¹ Véase «Una polémica sobre la edición de *Las tres musas* de Quevedo», *Annali della Facoltà di Magistero*, núm. 7, 1979, págs. 3-25.

³² El volumen se imprimió en la imprenta de Onofrio Martín, Cállor, 1672.

³³ De esta primera edición de *Las tres musas últimas castellanas* preparé un facsímil: Madrid/Cuenca, Edaf/Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.

de un seudónimo) arremete contra quien había tenido la desfachatez de pisarles la iniciativa de dar culminación al *Parnaso español*:

solo la desenfrenada cacohetes de imprimir de este su sobrino pudo haber pensado locura semejante, habiendo confundido lo serio con lo burlesco, lo profano con lo sagrado y los atributos de las musas.³⁴

La indignación crece al ver que en el volumen se ha incluido una de las obras más deslumbrantes y novedosas de Quevedo:

un poema heroico en octavas de las *Locuras de Orlando el furioso y enamorado* en estilo burlesco y jovial, y con voces y palabras indecentísimas de jácara y lupanares y almadras y Arenal de Sevilla.³⁵

Como señalé en otra ocasión,

Ya adivinaba don Jaime, y su cólera es buen indicio de su intuición, que este texto es una de las más originales creaciones de un poeta que lo fue tanto, precisamente por la genial recreación de ese lenguaje desgarrado, violento, alucinado y desmedido que funde y acrisola los tópicos expresivos del petrarquismo con el habla de mancebías y gentes del hampa.³⁶

Algo así le ocurrió al bueno de Avellaneda. Tras el ímprobo esfuerzo de escribir un nuevo *Quijote*, se encontró con que Cervantes, que parecía olvidado de la empresa, se descuelga anunciando su *Segunda parte*. No nos puede sorprender que se encolerizara y que naciera entre ellos una enemistad que los cervantistas han prolongado durante cuatrocientos años.³⁷

³⁴ *Cima del monte Parnaso español...*, pág. XVIII.

³⁵ *Cima del monte Parnaso español...*, págs. XVI-XVII.

³⁶ «Prólogo» al facsímil de *Las tres musas últimas castellanas*, pág. XII.

³⁷ Esta *Primera parte* de la historia de la enemistad literaria entre Cervantes y Avellaneda renuncia, por razones de tiempo y espacio, a analizar la genial réplica en el *Quijote* de 1615. Quizá en otro momento pueda ocuparme de esa cuestión. En todo caso, ya otros han tratado de este asunto *con miglior plectro*.